

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

*El Amor por principio y el Orden por base:
el Progreso por fin*

LA DEVOLUCIÓN

DE

TACNA Y ARICA

POR

Juan Enrique Lagarrigue



SANTIAGO DE CHILE

AÑO 49 DE LA RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

—
1903

Delicias, 1823.
Santiago
Don San Borja's Gervido Jr.

SANTIAGO DE CHILE
Imprenta Franco - Chilena
CALLE ESTADO 64

—
1903



La devolución de Tacna y Arica

Seguimos pidiendo á nuestra patria que no vacile en devolver al Perú Tacna y Arica. Parece increíble la propaganda actual de cierta parte de la prensa en contra de esa devolución. Y lo que hay de más grave es que sean los mismos que hablan de la desmoralización del país y que quisieran contribuir á regenerarlo, los que abogan en tal sentido. ¿Qué criterio moral es ése? ¿Cómo puede tomarse el mal por el bien? ¡Singular extravío el de pretender moralizar desmoralizando!

Consejeros inconsultos, cesad en vuestro funesto empeño. Si la conducta de un pueblo en sus relaciones externas fuere inmoral, es imposible que haya moralidad en su interior. O vuestras prédicas en favor del mejoramiento de nuestros hábitos nacionales son vanas declamaciones, ó aconsejad, ante todo, la devolución de Tacna y Arica. Esta digna puri-

ficación patria facilitaría altamente el desarrollo de la moralidad chilena.

No olvidéis la influencia que ejercen en la vida propia de un pueblo sus procederes internacionales. Después de la guerra con España, los Estados Unidos han decaído moralmente, como la Alemania después de la guerra de 1870, y la Inglaterra después de la guerra con los boers, porque en los tres casos no se quiso llegar á la paz sino bajo condiciones indebidas. Mas aun que los individuos, las naciones son seres conscientes y responsables, y sus actos envuelven mayor trascendencia. La inmoralidad de un hombre no tiene el alcance de la inmoralidad de un pueblo. El mal ejemplo individual puede arrastrar á varias personas, pero el mal ejemplo nacional pervierte, por decirlo así, á todos los ciudadanos del país, y se lleva aun consigo, en cierto modo, á los demás países. En verdad, todo pueblo que hubiere sido injusto en sus relaciones con otro pueblo, debería esforzarse por reparar noblemente su falta,

Al presente es de una evidencia incontestable que las naciones dependen de la Humanidad, cuyo sagrado imperio han de acatar siempre. Sustraerse á los deberes

que de ahí resultan sería una inmoralidad manifiesta. Como la familia está encima del individuo, y la patria encima de la familia, así también la Humanidad está encima de la patria, y forma el regulador supremo de toda nuestra existencia. Antes que se tuviera visión plena del Sér por excelencia, los dioses y Dios hicieron sus veces para guiarnos moralmente. Pero hoy la Humanidad debe prevalecer, sin concurrencia alguna, como el verdadero centro religioso de individuos, hogares y pueblos. Ya en el siglo XVIII esbozaba Montesquieu el criterio moral definitivo, cuando decía, que, en caso de conflicto, entre su persona y su familia, optaría por su familia, entre su familia y su patria, optaría por su patria, y entre su patria y el género humano, optaría por el género humano. ¿Por qué se intenta desconocer esto en nuestro tiempo, desandando torpemente la evolución social?

¡Cuán ofuscados están los que creen que la Humanidad no es un sér sino una abstracción, y que por eso nunca podrá reglarnos con soberano magisterio! Entonces la familia y la patria tampoco serían más que abstracciones. No habría, por consiguiente, sino individuos. Y esto

implicaría el triunfo del egoísmo y la supresión de toda moralidad. El deber propiamente dicho, no se concibe, en efecto, sin la subordinación del individuo á los seres colectivos. Así el hombre comienza á moralizarse cuando sabe vivir para la familia, perfecciona su moralidad cuando sabe también vivir para la patria y la completa en fin, cuando sabe además vivir para la Humanidad, adonde todo ha de converger, puesto que es nuestro verdadero Sér Supremo. La misma noción de Dios sirvió especialmente para preparar los deberes de más elevada índole, tendiendo á establecer un lazo común entre todos los hombres á través de sus diversas nacionalidades. De entre varios pensamientos de las grandes almas religiosas, el que tal vez mejor lo atestigua es uno de Santa Teresa, que en medio de su creencia sobrenatural vislumbraba con su admirable buen sentido la ley suprema del amor á la Humanidad. Hélo aquí: «La única manera de saber que amáis a Dios, es amando al prójimo».

La explicación sociológica de todo el orden humano reemplaza ahora su explicación teológica. De ahí que no debería ya invocarse á Dios para cimentar ningún principio ó institución. Hacerlo

sería más inconducente aun que lo era recurrir a los dioses, cuando hubo surgido el monoteísmo de San Pablo. Importa, pues, apelar sólo, bajo todos respectos, á la gran noción de la Humanidad que lejos de ser imaginaria, como las teológicas, es perfectamente real y muy comprensible de quienquiera que esté dotado de buen sentido. Sepamos venerar el pasado, pero marchemos serenos y firmes al porvenir. Jamás se vió sobre la tierra un momento como éste en que nuestro destino normal aparece clara é irrevocablemente fijado. ¿Qué conciencia recta podría desviarse de la senda altruista que la Humanidad nos prescribe? Convertirse del teologismo al positivismo es, en verdad, una santa obligación que afecta, sobre todo, á los que tratan de dirigir almas.

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.

(Serrano, 215)

Nacido en Valparaíso, el 28 de Enero de 1852.

Santiago de Chile, 5 de Gutenberg de 49.

(17 de Agosto de 1903)

